

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO IV

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 69

Apuntes biográficos de don José Antonio Torres, ejecutado el 23 de mayo en Guadalajara

Todos los pueblos siguen en su existencia una marcha señalada por el dedo de la Providencia, de tal suerte, que, tarde o temprano, llega un día en que por haber adquirido ya cierto desarrollo, el suficiente por lo menos para conocer su situación moral, empiezan a figurar verdaderamente como naciones cultas. Ese día, principio de una nueva marcha, de una nueva era y aun de una nueva civilización, debía llegar para México que dominado tantos años por España, sentía germinar en su suelo los grandes principios de libertad e independencia, estimulados eficazmente por el ejemplo de sus vecinos del norte. Y ese día llegó cuando se extendió, aunque bien poco, el espíritu de adelanto y de conocimientos, que ha sido el timbre de gloria del siglo XIX. Las ciencias y las artes han influido siempre y seguirán influyendo en la marcha política de las naciones, porque esta es consecuencia necesaria del estado de cultura de los pueblos.

Mas como he dicho, México no había llegado en la época de la independencia a un estado tal de adelanto que pudiera considerarse como la única causa de tan notable suceso, motivo porque hay además que tener en consideración la necesidad moral de que los pueblos sean libres, el maltrato que los naturales del país sufrían de los españoles, el ningún acceso que en la administración y el gobierno tenían, las gabelas con que estaban gravados, y por último los trastornos políticos de la metrópoli, que hacían, por una parte, tener más confianza en el triunfo, a los que la independencia de su patria proclamaban, e inspiraban, por otra, el temor de que a consecuencia de esos nuevos trastornos, pasara la Nueva-España a poder de los franceses y de esta manera del yugo de Carlos IV y Fernando VII al de Napoleón I. Esta idea que muy grabada estuvo en la imaginación de los valientes patriotas

independientes, les hizo palpar la servidumbre en que se hallaban y el yugo a que estaban sometidos, pues se convencieron de que por sólo la voluntad del rey de España, podría pasar el país al dominio de otra nación extranjera, como cualquier mueble de traspaso, sin contar para nada con la voluntad de ese pueblo esclavizado; y triste, ¡muy triste debía de ser esa idea para los que sintieran latir en su pecho un corazón americano!

No poco influjo tuvo también en la independencia del país el célebre Barón de Humboldt que con sus vastos conocimientos y su esclarecido talento cooperó eficazmente por medio de sus análisis sobre la riqueza de Nueva España y sobre su estado político, a la generalización de los conocimientos locales, tan necesarios para impulsar aquella grande obra.

Así pues, la consecuencia lógica de tan grandes causas fue la proclamación de la independencia por el venerable cura de Dolores. Muchos son los que censuran la manera poco a propósito con que estalló la insurrección, la falta de un plan político y militar y finalmente la mala dirección que se le dio, según ellos, a la revolución gloriosa de 1810. Mas si se atiende a que la revolución estalló, obligados sus autores beneméritos por la traición y la tiranía, antes del tiempo que ellos habían fijado para principiarla y por tanto antes de tener los elementos suficientes, se verá que sólo los heroicos esfuerzos de los mártires de la independencia, pudieron bastar para sobreponerse a las mil dificultades que a tan noble empresa se opusieron.

Queriendo Hidalgo suplir la falta de ramificación de la revolución en las provincias de México, por medio de emisarios encargados de levantar a aquellos pueblos, y siendo la provincia de Nueva-Galicia de suma importancia, mandó a ella con el referido objeto al señor don José Antonio Torres, primer caudillo de la independencia en Jalisco y uno de sus más patriotas defensores, que a una honradez sin tacha, reunía un generoso corazón y un

valor a toda prueba.

El nombre de Torres significa en la historia de ese período, la abnegación y el sacrificio, la heroicidad y el martirio. En una época en que la sangre corría a torrentes, en que las persecuciones se sucedían a las victorias y las represalias más horrendas eran la continuación del triunfo, es notable y satisfactorio encontrar jefes que, como Torres, mantuvieron siempre a la altura de un generoso vencedor. Sin Torres la revolución habría terminado en Aculco; pero sus esfuerzos y su intrepidez suministraron a Hidalgo poderosos refuerzos, a la revolución numerosos defensores y gran pábulo al incendio revolucionario de la Nueva España.

En la época de que me ocupó, la autoridad de Guadalajara residía en el brigadier don Roque Abarca, que era además presidente de la Real Audiencia e intendente. Con motivo de la prisión del virrey Iturrigaray en 1808, Abarca que la había reprobado, desmereció la confianza de los comerciantes y ricos españoles de la ciudad; así es que, luego que estalló la insurrección, promovieron la reunión de una junta que con el título de "Auxiliar del Gobierno" vino a dividir y debilitar la acción de este. Dicha junta presidida por el doctor don Francisco Velasco de la Vara, estaba compuesta de sacerdotes, letrados y comerciantes, por lo que se comprenderá que la dirección de la guerra y los medios de defensa no hayan estado en las más hábiles manos. El día 29 de septiembre se instaló dicha junta y expidió una proclama en la que se excitaba a los habitantes a hacer la guerra a la insurrección. Dicha proclama se mandó a todos los curas con la siguiente circular, que demuestra el celo que el señor obispo Cabañas desplegó por combatir una insurrección tan gloriosa:

"El ejemplar que acompaña a este es de la proclama publicada por la Junta Auxiliar de Gobierno instalada en esta capital el 29 del último septiembre; su tenor instruirá a usted

de los loables sentimientos que promueve, y de las interesantes verdades que conviene inculcar con la mayor viveza y poner en toda claridad a la vista del pueblo para evitar su seducción, y los incalculables trastornos que le son consiguientes; como lo espero del celo, fidelidad y patriotismo que usted ha acreditado siempre y exigen las urgentes circunstancias del día. Al efecto publicará dicha proclama desde el púlpito, y la fijará, en la puerta principal de la iglesia para que pueda el pueblo cómodamente enterarse de su contenido.”

"Dios guarde a usted muchos años. Guadalajara, octubre 4 de 1810.

JUAN CRUZ, obispo de Guadalajara.”

No se limitó el prelado a exhortaciones, sino que formó un escuadrón para combatir la independencia, que llamó de la "Cruzada," compuesto del clero regular y secular, sacristanes y personas adeptas y que llevaban una cruz roja en el pecho. Abarca llamó a las armas a los provinciales, hizo venir fuerzas de Colotlán y reunió cerca de diez mil hombres.

Ese era el estado de la Nueva Galicia cuando se inició en ella la gloriosa y sangrienta guerra de independencia.

Cuando el señor Hidalgo se dirigía a Guanajuato en septiembre de 1810, se le incorporó en Irapuato el señor don José Antonio Torres, administrador de una hacienda vecina, por lo que sus soldados le llamaban el "amo Torres." No pudo conocer Hidalgo en aquel momento el mérito de su nuevo aliado, ni comprender tampoco los servicios eminentes que había de prestar a su causa.

Don José Antonio Torres era mestizo, natural de San Pedro Piedra Gorda en el estado de Guanajuato; y de Irapuato pasó con su comisión a Michoacán y Nueva Galicia insurreccionando pueblos y procurando disciplinar a aquella turba que, compuesta esta en su mayor parte de indígenas de Zamora, Zacoalco, Sayula, Colima y otros pueblos, sin más armas que hondas, lanzas y palos, tenía que sostener sus derechos sagrados contra fuerzas

bien equipadas y disciplinadas.

La presencia del nuevo caudillo independiente en Nueva Galicia puso en alarma a sus autoridades, que ya lo estaban por la presencia de algunos insurrectos por la Barca a donde había ido el oidor Recacho con la primera división, que bien pronto tuvo que volver vergonzosamente derrotado por Navarro, Portugal, Huidrobo y Encarnación Rosas.

Luego que en Guadalajara, a fines de octubre de 1810, se supo la toma de Zacoalco por Torres, se nombró al señor don Tomás Ignacio Villaseñor, rico hacendado, mayorazgo de Huejotitlan y teniente coronel, para que con la segunda división saliera a batirlo. En la capital se hizo correr la especie de que los soldados de Torres eran una chusma cobarde de indios que huirían sin combatir; que Torres era un hombre rústico enteramente inepto para la guerra, y otras especies que tuvieron por objeto infundir valor en los soldados de Villaseñor y entusiasmar a los jóvenes de la capital. Así sucedió; multitud de jóvenes dedicados a las letras y al comercio y que formaban la flor de la juventud de Guadalajara, llenos de entusiasmo y creyendo dar un paseo triunfal, se presentaron en las filas realistas. La división de don Tomás Ignacio Villaseñor se componía de dos compañías de los jóvenes voluntarios, de tres compañías de Tepic, del regimiento de la Corona y Nueva Galicia, de los milicianos de Colima, de las tropas de Colotlán y una pieza de artillería de la marina. Salió Villaseñor el jueves 1º de noviembre de 1810; pero Torres en lugar de huir como esperaban los defensores del rey, se preparó para la batalla y queriendo evitar la efusión de sangre, pues su carácter fue siempre sumamente humano, dirigió una intimación al jefe realista; mas Villaseñor en vez de aceptar la paz, contestó al valeroso insurgente que "pronto tomaría venganza de su traición ahorcándolo."

El domingo 4 de noviembre dejando las fuerzas realistas el almuerzo preparado en Santa Catarina, fueron a batir al jefe insurgente; mas el resultado no correspondió a sus

esperanzas e ilusiones. Apenas formados en batalla, Torres presentó sus desnudos pero decididos soldados, que al punto se precipitaron sobre el enemigo por todos sus flancos, y le arrollaron completamente, despidiendo sobre él una lluvia de piedras, al grado de no permitirle disparar el segundo cañonazo. La acción se dio a inmediaciones de Zacoalco y fue de las más sangrientas, pues según noticias de un testigo que al día siguiente se encontró en el campo, hubo cerca de doscientos realistas muertos, que él mismo contó.

Durante la batalla, un soldado insurgente lazó con un cabestro al señor Villaseñor y de esta manera fue hecho prisionero y presentado al señor Torres. Este generoso vencedor no obstante el furor de sus soldados, no obstante la injuria y amenazas que un día antes había sufrido del jefe realista, en vez de sacrificarlo, en vez de ensangrentar sus laureles, lo trató con toda clase de consideraciones, poniéndolo después en libertad. Este hecho basta para conocer el corazón nobilísimo del distinguido patriota mexicano, que así daba una lección a los jefes españoles que sedientos de sangre, no la aprovecharon, ¡porque al ser defensores de la tiranía y de la injusticia tenían que pagar tributo a la mezquindad de sus pasiones!

En la batalla de Zacoalco quedaron prisioneros, además del jefe Villaseñor, don Leonardo Pintado, jefe de las tropas de Tepic, don Salvador Batres, capitán de voluntarios y otros muchos, habiendo muerto entre otros jefes, el teniente del regimiento de la Corona, Gariburu. Así perecieron una multitud de personas acomodadas, víctimas del engaño y la superchería, y los que por aquella expedición creían obtener una ascensión al Capitolio, encontraron sólo una prematura muerte.

Los señores Alamán, Arrangoiz y otros aseguran que la batalla de Zacoalco tuvo lugar el día seis de noviembre, y el señor Álvarez que el siete; pero estoy informado por un testigo presencial, que tuvo lugar el domingo cuatro de noviembre de 1810 cerca de las

ocho de la mañana.

Tan luego como se supo en Guadalajara el desastre de Zacoalco cundió por toda la población un pánico atroz y muchos españoles se prepararon para salir de ella, porque temieron ser víctimas de la turba.

La "Junta auxiliar de gobierno" se disolvió inmediatamente, lo mismo sucedió con el cuerpo de la cruzada, yéndose el obispo precipitadamente para San Blas; y el presidente Abarca viendo que no tenía tropas con qué resistir, porque las mejores y casi todas habían sido completamente destruidas, y viendo también que los mismos españoles, que los más interesados eran en que se verificara la defensa, no querían ya a consecuencia del terror que los dominaba, defenderse, sino sólo salvar sus personas por medio de la fuga, pues eso fue lo que manifestaron en una junta a que aquel los convocó, se retiró a la villa de San Pedro donde se enfermó pocos días después.

Torres, cubierto de gloria, tanto por el triunfo como por su noble y generosa conducta, dio parte al señor Hidalgo y se dispuso luego para ocupar la capital de la Nueva Galicia. De ahí salió a encontrarlo hasta muy lejos una comisión nombrada por el ayuntamiento y encargada de conseguir del jefe victorioso, garantías para los habitantes, y compuesta de los señores don Ignacio Cañedo y don Rafael Villaseñor. Torres, que tan humano se había mostrado, no pudo menos que ser consecuente con los nobles sentimientos de su corazón y ofreció sin repugnancia las garantías que se le pedían.

Llegó a Guadalajara, el domingo 11 de noviembre e hizo su entrada triunfal por la garita de Mexicalcingo, conservando en sus tropas el mayor orden, de manera que más bien parecían compuestas de soldados veteranos que de indios desorganizados e incultos. Tan luego como ocupó la capital guardó fielmente la palabra dada, se aconsejó de uno de los jurisconsultos de la Audiencia, reorganizó esta reemplazando a los oidores españoles que

habían huido y dio un bando de policía en el que expresó la norma y el plan de sus procedimientos. El mismo día entraron los coroneles insurgentes Portugal y Navarro procedentes de la Barca donde habían derrotado a Recacho y se suscitó entre ellos la cuestión sobre quién habría de ejercer el mando. El vencedor de Zacoalco no quiso resolver por sí la cuestión, sino que tomando el mando interinamente, dio parte a Hidalgo de lo acontecido y lo invitó a que fuera a recibir el mando supremo.

Hidalgo que entonces estaba en Valladolid, recientemente derrotado en San Jerónimo Aculco, aceptó la oferta y se dirigió para la capital de Nueva Galicia donde hizo su entrada el 26 de noviembre, acompañado de algunos jefes, entre ellos Foncerrada y Villalongín, con siete mil hombres de caballería y sólo doscientos cuarenta infantes. Su marcha la hizo pasando por Zamora, donde fue muy celebrada su llegada y recibió de aquella población siete mil pesos para los gastos de la guerra. Ahí se detuvo un día y siguió su marcha por la Barca, tomando el camino de la hacienda de Atequiza, donde lo esperaban en veintidós coches (número crecidísimo, si se atiende a que en aquella época eran muy raros) las principales autoridades. Llegó por la mañana a San Pedro donde lo obsequiaron con un espléndido festín y por la tarde entró en triunfo a la capital, dirigiéndose con su comitiva, entre las filas de los bravos de Torres, a la iglesia catedral donde se celebró un *Te Deum*.

Permaneció Hidalgo en Guadalajara hasta el día 14 de enero de 1811 y durante el tiempo de su permanencia se ocupó en organizar el gobierno, creó dos ministerios uno llamado de "Gracia y justicia" y otro "Secretaría de Estado y del Despacho," el primero a cargo del licenciado don José María Chico y el otro al del licenciado don Ignacio López Rayón, que tanto se distinguió por su patriotismo; nombró al benemérito cura Mercado, jefe de las fuerzas del Poniente y en diciembre expidió un decreto aboliendo la esclavitud en

Nueva España; este decreto que tanto repugnó en aquel tiempo y que fue sumamente censurado, fue una consecuencia natural de la idea de libertad, que aunque no con toda precisión, se hallaba grabada en los corazones de los caudillos independientes y es uno de los timbres gloriosos del benemérito Hidalgo.

En el mismo mes, tuvo lugar un acontecimiento de funestas consecuencias para los independientes; aprehendió Hidalgo a muchos españoles y los mandó degollar. El número de estos desgraciados, es desconocido: el señor Alamán dice que fueron cerca de mil y el señor don Carlos María Bustamante, cerca de setecientos; pero he sido informado por personas que se hallaron en la capital durante ese tiempo, de que sólo fueron menos de doscientos; número muy crecido aún de lamentables desgracias, pero muchísimo menor que el referido por los historiadores, quienes escribiendo muy poco tiempo después, cuando aún permanecía el terror, fueron tal vez exagerados los informes que recibieron. Esta es sin duda la mancha de Hidalgo; mancha que no puede borrarse, ignorando las causas que este tuvo para cometer tal acción. El señor Bustamante pretende que amenazaban los españoles desde su prisión por un complot, el éxito de la revolución y que debido a esto fue tomada la resolución de degollarlos. Yo creo que esto es sólo una excusa más bien que un hecho comprobado. Esta terrible matanza empezó el día 13 de diciembre (y no el 12 como dice Alamán.) Los españoles en partidas de 20 a 30 eran conducidos a las once de la noche del antiguo Seminario, (hoy Liceo), a las barrancas de Belén, y al cerro de San Martín donde eran degollados; montados en unos malos caballos y conducidos por muchos indios eran guiados por uno que llevaba una linterna, caminando clavo a clavo en el mayor silencio. Estas partidas salían al principio cada tercer día y después se dilataban por más tiempo. Muchos de ellos salvaban por rescate, algunos por compasión de los mismos conductores y no pocos por indulto de Hidalgo.

Nombró al señor don Pascasio Ruiz de Letona plenipotenciario de México en los Estados Unidos, extendiéndole un nombramiento en el que se conoce poco el conocimiento que tenía del derecho de gentes, pero que prueba su patriotismo y buena fe.

El 12 del mismo mes llegó don Ignacio Allende, después de la derrota de Guanajuato y todos los jefes se dedicaron a la formación de nuevos soldados. Durante este tiempo Torres permaneció a su lado.

Cuando el sanguinario Calleja se dirigió a atacar al héroe de la independencia, este no le esperó en la capital, sino que el 14 de enero salió para el Puente de Calderón donde se propuso esperar al jefe realista.

Los realistas habían combinado el plan militar de que Calleja con seis mil hombres, de los cuales tres mil eran de caballería, estando la infantería formada de los regimientos de la Corona, de la Columna, ligero de San Luis y escopeteros de Sierra Gorda, con diez piezas de artillería, vendría por el camino de Lagos, y el brigadier don José de la Cruz se le reunirá con dos mil hombres en el Puente grande, viniendo de Valladolid, para marchar juntos sobre Guadalajara. Hidalgo luego que supo la aproximación de Calleja reunió un consejo de guerra y propuso salir al Puente a encontrarlo; Allende se opuso, pero prevaleció la opinión del primero y salió a las doce del día de Guadalajara con ochenta y tantos mil hombres de los cuales muy pocos llevaban fusiles, pues los demás iban armados de hondas, cohetes con puntas de fierro; palos y lanzas; del ejército independiente veinte mil formaban la caballería y los restantes la infantería. Llevaban además noventa y cinco cañones, muchos de los cuales habían sido mandados de San Blas por el cura Mercado. El mariscal de campo don Antonio Torres mandaba la retaguardia y llevaba un gran convoy de noventa carros.

El día 16 llegó Hidalgo al Puente de Calderón, distante doce leguas de Guadalajara;

poco después llegó Calleja que quería ocupar esa posición, habiendo habido por ese motivo una pequeña escaramuza. Al siguiente día se dio la notable batalla del Puente de Calderón, que tanto envalentonó a los realistas, quienes a pesar de su completo triunfo, debieron conocer, que nada importan los reveses para una causa verdaderamente popular. No referiré las peripecias de la batalla, (sobre la cual el señor licenciado don Mariano Otero publicó un notable trabajo) que duró seis horas, entre combatientes tan desiguales; de un lado, un número excesivo de soldados, del otro uno insignificante; de un lado la justicia, del otro la opresión y por último de un lado la desorganización y la falta de armas, pues aunque tenían noventa y cinco cañones, de éstos unos cuantos eran servibles (sólo los que el benemérito cura Mercado había mandado de San Blas) pues todos los demás unos estaban amarrados sobre carros y por tanto no producían efecto sus tiros y otros muchos eran de madera con cinchos de fierro, y del otro la disciplina unida a una magnífica provisión de elementos de guerra; y solo diré que el desastre fue debido en gran parte a desgraciados accidentes, pues una granada dirigida por los realistas incendió unos carros de parque, habiéndose el incendio comunicado al campo entero, pues había en él muchísimo zacate seco, y esto ayudado por el viento que hacía que el humo diera en la cara a las huestes independientes, protegido por la certera artillería española, produjo la más completa derrota. Los españoles también tuvieron pérdidas de consideración, entre ellas la del Conde de la Cadena, que era el segundo en jefe y que fue muerto al perseguir a los independientes.

Después de ésto los jefes revolucionarios se dirigieron a Zacatecas y con ellos el señor Torres, que se distinguió en la desgraciada batalla, por su arrojo y bizarría.

Calleja, sin unirse a Cruz por haber tenido éste que batir a Mier en el puerto de Urepétiro, siguió su marcha a Guadalajara de donde salió una comisión presidida por don Juan de don Cañedo a recibirlo, y felicitarlo, siendo curioso lo que a esta le pasó en su

encuentro con el jefe realista. Llevó la palabra Cañedo y empezó su alocución diciéndole: "Excelentísimo señor: el gobierno de Guadalajara," siendo entonces interrumpido agriamente por Calleja, que le respondió: "ni yo soy excelentísimo, ni en Guadalajara hay gobierno," con lo cual quedó confundida la comisión. El día 20 llegó a San Pedro y el 21 a Guadalajara donde se le recibió con las mismas muestras que a Hidalgo, dos meses antes. En la tarde y sin aviso anterior llegó el brigadier Cruz.

Torres siguió peleando con el licenciado Rayón, y el 1° de abril del mismo año, en su retirada del Saltillo venció con aquel caudillo al jefe realista don Manuel Ochoa, que a media noche los atacó cerca del puerto del Carnero, en un punto llamado "los Piñones." Ahí se condujo con su acostumbrado valor, quitando personalmente al enemigo, su artillería. Rayón y Torres siguieron su marcha para Zacatecas; pero careciendo completamente de agua, al grado de morirse varios soldados de sed y careciendo igualmente de acémilas en que trasportar sus bagajes, acordaron quemarlos, destruyendo así una porción de baúles llenos de ropa, catres, carretas y otros objetos que llevaban, probando de este modo, que no era la ambición de bienestar, lo que a tan heroica revolución los lanzaba.

Siguieron estos jefes su marcha para Zacatecas y cerca de aquella población, hubo varios encuentros, entre ellos la derrota del teniente coronel don Juan Zambrano por el intrépido Torres en el cerro del "Grillo." El jefe realista tenía a sus órdenes seiscientos soldados de caballería y cuatrocientos flecheros con cuatro cañones. Torres con poquísima tropa avanzó sobre él a las ocho de la noche y lo sorprendió, derrotándolo completamente y quitándole todos los cañones, muchos fusiles, más de quinientas barras de plata, la correspondencia y los bagajes. Este triunfo del héroe de Zacoalco, le abrió a Rayón las puertas de Zacatecas, donde entró al siguiente día.

Cuando a la aproximación de Calleja, marchó Rayón para Pátzcuaro, iba con él,

Torres, y fueron derrotados por Empáran en la escaramuza del "Maguey." Esta es la historia de los independientes: vencedores en un punto eran vencidos en otro; pero las derrotas en vez de destruirlos y desmoralizarlos, los multiplicaban y les daban nuevo brío, lo que sucede en todas las guerras en que se defiende la justicia.

De la Piedad fue Torres por mandato de Rayón a Zamora con cuatrocientos hombres y de ahí a Pátzcuaro. Se le unieron otros jefes independientes, Muñiz y Navarrete y con más de mil hombres se preparó a resistir al jefe realista Linares que con iguales o mayores fuerzas iba a atacarlo. Torres se posesionó de una loma, llamada la "Tinjaja" donde tuvo lugar una tan sangrienta como reñida batalla, pues duró todo el día 24 de mayo; y en ella el héroe, de Zacoalco se ciñó un nuevo lauro derrotando a los defensores de Fernando VII.

Después de este triunfo marchó a las órdenes de Rayón, quien creyendo que en Valladolid estaba sólo Trujillo con sus fuerzas, se dispuso a atacarlo; pero antes tuvo Torres unido con Muñiz y Navarrete, un encuentro con el capitán Felipe Robledo que había salido de Valladolid, en la loma o cerro del "Zapote," el día 27 de mayo y en el que hizo retirar a Robledo causándole muchas pérdidas.

El 29 atacó Rayón en compañía de Torres y otros jefes a Valladolid y desalojó a los soldados de Trujillo de la loma de Santa María y se apoderó de la garita de Chicácuaro; el día 30 fue más reñido el asalto: penetraron los independientes por la calle de Santa Catalina; pero como ya Trujillo había recibido un considerable refuerzo con la llegada de las tropas del comandante Linares, se trabó en esa calle una acción reñidísima, teniendo los independientes que retirarse, y habiendo recibido el valiente Torres un metrallazo en el brazo izquierdo, causándole una herida de la que no sanó.

De Valladolid levantó Rayón el campo con tal serenidad y astucia, que los realistas no se apercibieron de ello y se dirigió al pueblo de Tiripitío donde nombró al vencedor de

la "Tinaja" comandante del distrito de Pátzcuaro Zamora, Uruapan y sus alrededores.

Entretanto que el valiente general, distinguido patriota y hábil ministro Rayón, derrotaba el 22 de junio al notable jefe realista Empáran, frente a Zitácuaro y daba también cima al pensamiento de organizar el gobierno, estableciendo una junta en Zitácuaro el 19 de agosto de 1811, Torres quedó en su provincia y se encontró con Muñiz en la segunda campaña de Valladolid en julio del mismo año.

En septiembre, después que los jefes realistas Linares y Castillo Bustamante derrotaron a Muñiz, se dirigieron contra Torres quien; con el padre Navarrete, los esperó en la Alberca de Zipimeo, donde el día 14 de diciembre después de dos horas de combate y a pesar de sus heroicos esfuerzos y bizarría, fue derrotado causándole sin embargo, al enemigo, pérdidas de consideración.

En el parte pomposo que da Linares, trata a Torres con el mayor desprecio, llamándole el "arriero Torres." Sin embargo, aunque Torres no fue nunca arriero, ese ser despreciable según Linares, lo había derrotado a él mismo en "Tinaja," a Villaseñor en Zacoalco, a Zambrano en el "Grillo," a Ochoa en "Piñones," a Robledo en el "Zapote" y fue uno de los que con más éxito, constancia y brío combatieron la odiosa causa del rey. Hoy todos llaman al "arriero Torres" benemérito de la patria y mártir de la libertad.

Después de ese desgraciado suceso, Torres continuó hostilizando al gobierno virreinal, con una constancia admirable, e inquietando demasiado, tanto a don José de la Cruz, que era el presidente de la Nueva Galicia, como a don Torcuato Trujillo que era el jefe realista de Michoacán.

Con este motivo, Cruz destinó al teniente coronel don Pedro Celestino Negrete, para que con la mejor división de los reales ejércitos de su mando, persiguiera exclusivamente a Torres. Así lo hizo, y a consecuencia de esa persecución, el valeroso insurgente se decidió a

atacar al diestro y perito coronel. Salió de Uruáparo y atacó a Negrete cerca del pueblo de Tlasasalca el día 2 de mayo, mas habiendo sido derrotado, tuvo que huir, y perseguido por los comandantes Arango y López Merino, fue aprehendido por este último en "Palo Alto" en la madrugada del día 4 de abril de 1812.

La aprehensión de este ameritado caudillo fue muy justamente celebrada, dando Merino que fue insurgente algún tiempo y se indultó, por haberle conseguido el indulto del general Cruz su esposa, en un baile en Tepic, el siguiente parte a don Pedro Celestino Negrete, que lo remitió a Cruz y éste al virrey en estos términos:

“Excelentísimo señor.— Con muy particular satisfacción traslado a vuestra señoría el parte que he recibido del teniente coronel don Pedro Negrete, comandante de la primera división de este ejército y a la letra es como sigue:

‘Anoche a las ocho di a vuestra señoría parte de que salía para sorprender al conquistador Torres que en Tupátaro reunía nueva gavilla, y mi satisfacción es completa, como de toda la división, el enérgico e interesante del siempre bizarro y muy acreditado comandante de la guerrilla teniente Merino.— Mi comandante: sorprendí al *viejo Torres*, lo hice prisionero, por haber mandado a la tropa que no lo matase para entregarlo a usted *vivo*. De toda su chusma que se componía de cuatrocientos, los que no murieron a los filos de las bayonetas, *murieron asados por haber quemado yo* las trojes donde se metieron. Quedó todo su armamento en mi poder y toda su remonta; sólo he sacado al sargento Estrada gravemente herido, lo que me ha sido bastante sensible. Dios guarde a usted muchos años. Palo Alto abril 4 de 1812.— A las tres de la mañana.— *José Antonio López Merino*.— Señor don Pedro Celestino Negrete. -Se lo enviaré a vuestra señoría vivo para que pague en esa ciudad parte de sus *innumerables delitos*. Dios guarde a vuestra señoría muchos años.

Pilas de Arechipo a legua y media de distancia de Palo Alto, a 4 de abril de 1812.— *Pedro Celestino Negrete*.— A las cinco de la mañana.— Señor general don José de la Cruz.’

Lo que comunico a vuestra excelencia en cumplimiento de mi obligación, recomendando a vuestra excelencia de nuevo el mérito constante y no interrumpido del bizarro teniente coronel Negrete, que no cesa un momento, como ya tengo a vuestra excelencia dicho en casi todos mis oficios, de acreditar su valor, su pericia y su infatigable celo. Me veo igualmente obligado a pedir a vuestra excelencia por *honor a la justicia* y por *premio al verdadero mérito*, que se sirva vuestra excelencia conceder el que tenga por conveniente al teniente comandante de la guerrilla don Antonio López Merino, por este *glorioso y distinguido servicio que acaba de hacer a la patria*.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Guadalajara, abril 7 de 1812.— Excelentísimo señor.— José de la Cruz.— Excelentísimo señor don Francisco Xavier de Venegas."

Sin embargo, el *siempre bizarro* Merino no gozó mucho tiempo de su triunfo ni siguió adelante en sus crudelísimas hazañas, porque poco tiempo después fue muerto por los independientes.

Torres fue conducido a Guadalajara, a donde entró amarrado en una carreta el día 11 de mayo en conmemoración del 11 de noviembre de 1810, en que había entrado a la misma ciudad victorioso y lleno de gloria. La primera entrada fue la del héroe; la segunda la del mártir. Habiéndole querido poner una argolla en el cuello, con objeto de que llevara levantada la cabeza para que todo el pueblo lo viera, él se rehusó y ofreció a sus verdugos darles gusto: así sucedió; entró a la capital con la frente erguida como la lleva el hombre que de nada tiene que avergonzarse; erguida, para que el pueblo entero viera que aquel

mismo era el que fue dueño absoluto de esa ciudad en donde entonces entraba prisionero; erguida, para que todos vieran que su espíritu era superior a su desgracia y para demostrar orgullo en ser víctima de una causa tan noble y tan sagrada y por la que ya había derramado su propia sangre. Se le juzgó por la "Junta de seguridad," que había sido instalada por Cruz para conocer exclusivamente de los delitos de infidencia, y habiéndosele hecho cargo de traición a su rey y a su patria, y de otros delitos semejantes, fue sentenciado a ser ahorcado y descuartizado, firmando tan inicua sentencia los miembros de la junta, don Francisco Antonio Velasco de la Vara, presidente, don Antonio de Souza y Viana, el mismo que se sometió al que a ser ahorcado sentenciaba, cuando entró triunfante de Zacoalco y de quien aceptó el nombramiento de oidor, don Manuel García de Quevedo y don Domingo Gárate, vocales, teniendo la sentencia al margen la siguiente nota: "Ejecútese.— Cruz (firmado)"

El 23 de mayo se ejecutó la sentencia, horrorizando los pormenores. Por la mañana de ese memorable día, en que se ejerció la más ruin de las venganzas, formó la tropa de Nueva Galicia en la plaza de Venegas, donde estaba preparada una horca elevadísima, pues se había dispuesto que fuera de altura doble de las comunes. Fue conducido Torres a ella, acompañado de un sacerdote. Luego que llegó al patíbulo fue ahorcado, y suspenso en el aire, permaneció así algunas horas. Le cortaron la cabeza y la clavaron en la misma horca, donde permaneció cuarenta días, y habiéndolo descuartizado mandaron el cuarto de la mano derecha a Zacoalco, otro a la garita de Mexicalcingo, por donde entró triunfante, otro a la de San Pedro, por donde salió para Calderón y el último a la del Carmen. En la asta donde se clavó su cabeza se le puso una inscripción que decía: "*Antonio Torres traidor al rey y a la patria.*"

El señor don José Antonio Torres era un hombre de bastante talento natural, de una

alma generosa y un parecer humilde y tuvo la satisfacción de ser representado en la Junta de Zitácuaro, mereciendo también que el señor don Carlos María Bustamante dijera de él en su "Cuadro Histórico" que bajo un traje humilde ocultaba los tamaños de un general y la magnanimidad de un príncipe.

No contentos los realistas con tan sanguinaria y bárbara ejecución, arrasaron su casa en San Pedro Piedra Gorda y cubrieron de sal su superficie, como queriendo impedir que fructificara la semilla de la libertad que Torres había sembrado con su espada y regado con su sangre. Diez años después ya había fructificado:

¡Así se despedazó el cuerpo de aquel valiente que nunca manchó sus laureles con la sangre de los vencidos! ¡Así se trató de traidor al que su vida daba por su patria! Así al sacrificio se añadía la burla; pero hoy en el libro de la historia no se lee tal inscripción sarcástica, sino otra bien diversa que dice: "*Antonio Torres, mártir de la independencia mexicana, benemérito de la patria.*"

Guadalajara, mayo 14 de 1876.— *Luis Pérez Verdía.*

La edición del tomo IV de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Carlos Cruzado Campos
Raquel Güereca Durán
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602